

seguía negando, y el jeque, que temia mucho á los Beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo: — « Por el que creó esta vara, jura que no has muerto á su pariente. » — Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hácia los acusadores: — « No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazon, uno, el de ser matador de ese hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué quereis por precio de su sangre? » El jeque, por consideracion á los Beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma, respondió que no la llevaba consigo, pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza: — « No tengo fianza que dar, añadió, pero aquel cuyo nombre no he querido profanar con un juramento en falso responderá por mí. » — Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada

* Según las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Dijonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, etc. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban, pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido á conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió á acelerar nuestra partida: la vispera depositamos en

casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atención ni la codicia. Naufal deseaba volverse á Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y, al día siguiente, después de haber ajustado á algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos días, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendación del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la dirección del levante, nos paramos junto á una torre cuadrada, muy alta y de construcción muy maciza, llamada Caser el Surdaan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servía de puesto avanzado contra los Persas que venían á llevarse cautivos á los habitantes de este país: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros días. Después de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos á pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frío. Por la mañana, cuando nos disponíamos á partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavía á los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo que levantándose de improviso, le tira al suelo. Acu-

dimos á él y nos pareció que se había dislocado un pie, pero como no quería detenerse, después de habersele vendado lo mejor que pudimos, volvimos á ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacía que caminábamos, cuando vimos alzarse á lo lejos una polvareda que venía hacia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa á correr hacia ellos gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos á Palmira, y que se había comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo á llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos Beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte á escape para cortarles el camino; ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo, pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque, pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hacia nosotros y pronto cae de su caballo. Los Beduinos quieren despojarnos; entonces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos: — «¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar

« los derechos de los Arabes, los usos de los Beduinos? Esos hombres á quienes despojais son mis hermanos, les he empeñado mi palabra, he respondido de cuanto pudiera sucederles, y los robais! ¿Es eso obrar con honor?» — « ¿Por qué te has comprometido á llevar á unos cristianos á Palmira? le respondieron; ¿no sabes que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es el gefe del pais? ¿Como no le has pedido permiso?» — « Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercaderes tenian prisa, y Mehanna está lejos de aqui. Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras leyes y nuestras usanzas que nunca cambian. ¿Es digno de vosotros violarlas despojando á esos extranjeros, y dejándome herido de este modo?»

Al oír esto, cesaron los Beduinos en sus violencias y respondieron: — « Todo lo que dices es cierto y muy justo, y pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas que lo que quieren darnos. »

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufría mucho de su herida, y como no podía volver á montar á caballo, le di mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas, pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto

en un sitio llamado Waddi el Nahr (valle del rio) pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas lejos aquel dia. A pesar de lo mucho que teniamos que sufrir, todavía nos considerábamos muy dichosos de haber escapado de manos de los Beduinos y haber conservado nuestros vestidos que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: en fin, divididos entre la alegría y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del dia. Jeque Ibrahim sufría de su pie, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manantial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco pies, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció excelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espa-

cio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio día, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los Turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los Persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de lejos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los Arabes, que le llaman el castillo, y que encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Inmediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Còrietain, suministra doscientos caballos á la gran caravana de la Meca.

Al dia siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancías. Vendé el pie de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino á despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos dias, á causa del pie de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero apenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el pais.

Un dia vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de estraer el plomo que se hallaba en las juntas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra: — « ¿Qué dirian « los fundadores de Palmira si viesen á estos « bárbaros destruir de ese modo su obra? Pues « que la casualidad me ha traído aquí, quiero « oponerme á ese acto de vandalismo. » Y ha-

biéndose informado de lo que podía valer el plomo, dió las cincuenta piastras que le pedian, y la columna quedó por nuestra: — es del mas hermoso granito rojo jaspeado de azul y blanco; tiene sesenta y dos pies de altura sobre diez de circunferencia. Los Palmiranos, viendo nuestra afición á los monumentos, nos indicaron un sitio curioso, á hora y media de camino, donde antiguamente se labraban las columnas, y donde todavía se hallan bellísimos fragmentos: tres Arabes se ofrecieron á llevarnos á él por tres piastras. El camino está salpicado de hermosas ruinas, descritas, segun creo, por otros viajeros. Por nuestra parte, observamos una gruta en la que habia una magnífica columna de marmol blanco labrada y cincelada, y otra solamente empezada á labrar, como si el tiempo, que ha destruido tan grandes magnificencias, hubiese faltado para colocar la primera y acabar la segunda.

Despues de haber recorrido varias grutas y visitado las cercanías, volvimos por otro camino. Nuestros guias nos enseñaron una hermosa fuente atestada de grandes piedras, llamada *Ain Ournus*, nombre que llamó mucho la atención de Jeque Ibrahim, quien fué pensando en él todo el camino; al fin me llamó y me dijo: — « Ya he descubierto lo que quiere decir el nom-

bre de *Ournus*. Aureliano, emperador romano, vino á sitiar á Palmira y á apoderarse de sus riquezas; probablemente él haria labrar esta fuente para las necesidades de su ejército durante el sitio, y la fuente tomaria su nombre que por corrupcion se habrá convertido en *Ournus*. » En mi humilde opinion, no es infundada la conjetura de Jeque Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan de cultivar la tierra; su principal trabajo es beneficiar una salina, cuyos productos envian á Damasco y á Homs. Tambien hacen mucha sosa; la planta que la suministra es muy abundante; la queman y envian igualmente las cenizas á dichas dos ciudades para hacer jabon: á veces las mandan hasta Trípoli de Siria, que tiene numerosas fábricas de jabon y despacha para el Archipiélago.

Un dia nos hablaron de una gruta curiosísima, pero cuya angosta y oscura entrada estaba casi cerrada, á tres horas de Palmira; deseamos visitarla, pero mi aventura con Hessaisoun estaba demasiado reciente para que nos arriesgásemos á ir á ella sin buena escolta, por lo que rogamos á Jeque Rugial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Admirado de nuestro proyecto: « Muy curiosos sois, nos dijo: ¿ qué os importa esa gruta? En vez de ocuparos en

« vuestro comercio, empleais el tiempo en esas fruslerías! nunca he visto comerciantes como vosotros. » — « El hombre gana siempre en ver las bellezas de la naturaleza, » le respondí. Diónos el jeque seis hombres armados, me proveyó de un manojo de bramante, de un gran clavo y de hachas, y salimos muy de mañana; al cabo de dos horas de camino, llegamos al pié de una montaña; un gran boquete que nos enseñaron formaba la entrada de la gruta; hincé mi clavo en un sitio escondido, até á él la cuerda por una punta, y llevando en la mano el lio, seguí á Jeque Ibrahim y á los guias que llevaban las hachas. Ya andábamos hácia la derecha, ya hácia la izquierda, ora subíamos, ora bajábamos; la gruta es tan grande que podría servir de cuartel á un ejército entero. Hallamos en ella gran cantidad de alumbre; la bóveda y las paredes estaban llenas de azufre, y el suelo cubierto de nitro. Observamos una especie de tierra rojiza, muy menuda, que tiene un gusto ácido: Jeque Ibrahim se guardó un puñado de ella en el pañuelo. Esta gruta está salpicada de cavidades labradas á cincel, de donde se sacaron antiguamente metales. Nuestros guias nos contaron que varias personas se habian extraviado y habian muerto en aquella gruta: un hombre anduvo por ella dos dias buscando en vano la salida,

cuando vió un lobo, y ahuyentándole á pedradas, le siguió y de esta suerte llegó al boquete. Cuando se me acabó la cuerda, nos volvimos atras: sin duda el atractivo de la curiosidad nos habia allanado el camino, pues nos costó sumo trabajo llegar á la entrada: apenas salimos, almorzamos á la ligera y nos volvimos á Palmira. El jeque, que nos aguardaba, nos preguntó que habíamos ganado en nuestra escursion: « Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, pues por sus trabajos se ve que entraban y salian con facilidad, y nosotros lo hemos conseguido á duras penas. »

Echóse á reir y le dejamos para ir á descansar. Por la noche Jeque Ibrahim se halló el pañuelo donde habia guardado la tierra roja todo agujereado y como podrido; la tierra se le habia derramado en el bolsillo; metióla en una botella ¹, y me dijo que probablemente los antiguos habian sacado oro de aquella gruta; los experimentos químicos prueban que donde se halla azufre suele haber oro, y ademas los grandes trabajos que habíamos observado no podian haberse hecho únicamente para estraer azufre y alumbre, sino para sacar algo mas precioso. Si

¹ En Egipto perdí esta botella con todo lo demas.

los Arabes hubieran podido sospechar que íbamos á buscar oro, nuestra vida hubiera corrido peligro.

Por días se iba hablando mas de que se acercaban los Beduinos, cosa de que se alegraba Jeque Ibrahim, cual si hubiera esperado á unos compatriotas; así tuvo la mayor satisfacción cuando le anuncié la llegada de Mehanna el Fadel, gran príncipe beduino. Al instante quiso salir á recibirle, pero le hice presente que seria mas acertado aguardar una ocasion favorable de ver á alguno de la familia de aquel emir (príncipe). Yo sabia que generalmente Mehanna enviaba un mensagero al jeque de Palmira para anunciarle su llegada, y en efecto ví llegar un día once ginetes beduinos, y supe que entre ellos se hallaba el emir Nasser, el hijo mayor de Mehanna, noticia que llenó de gozo á Jeque Ibrahim. Al instante fuimos á casa de Jeque Ragial para hacernos presentar al emir Nasser, que nos recibió muy bien.

— « Estos extranjeros, le dijo Ragial, son unos honrados comerciantes que traen de venta varios géneros para uso de los Beduinos, pero los han atemorizado de suerte que no se atreven á ir al desierto á menos de que los tomeis bajo vuestra protección. »

El emir Nasser volviéndose hácia nosotros: — « Esperad, nos dijo, toda especie de prosperida-

« des; sereis muy bien venidos, y os prometo que nada os sobrevendrá mas que la lluvia que cae del cielo. » — Dímosle muchas gracias diciéndole: — « Pues hemos tenido la dicha de hacer conocimiento con vos, y pues teneis la bondad de ser nuestro protector, es preciso que nos hagais el honor de comer con nosotros. »

Los Arabes, en general, y particularmente los Beduinos, miran como un empeño de fidelidad inviolable haber comido con alguno, y aun solo el haber partido el pan como él. Convidámosle pues con toda su comitiva, igualmente que al jeque; hicimos matar un carnero, y nuestra comida, preparada al modo de los Beduinos, les pareció excelente: á los postres, les presentamos higos, pasas, almendras y nueces, lo que fué para ellos un gran regalo. Despues del café, cuando empezamos á hablar de cosas indiferentes, contamos á Nasser nuestra aventura con los seis ginetes de su tribu; queria castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos y nuestro dinero, pero le rogamos que no lo hiciese, asegurándole que teniamos por muy bien empleado lo que habiamos dado. Hubiéramos querido salir con él el dia siguiente, pero nos instó á aguardar la llegada de su padre que todavía estaba con su tribu á ocho días de distancia: prometió enviarnos una escolta y camellos

para llevar nuestras mercancías; para mayor seguridad le rogamos que nos hiciese escribir por su padre y así nos lo prometió.

Dos días despues llegó á Palmira un Beduino de la tribu el Hassné, llamado Bani, y pocas horas despues, otros siete Beduinos de la tribu el Daffir, que está en guerra con la de Hassné. Noticias estos de que se hallaba en la ciudad uno de sus enemigos, resolvieron ir á esperarle fuera de Palmira para matarle. Prevenido Bani, vino á nuestra casa, ató su yegua á nuestra puerta y nos pidió que le prestásemos un fieltro, de los varios que teniamos para envolver nuestras mercancías. Dile uno, que tuvo metido en agua media hora, y luego le puso mojado sobre los omos de su yegua, echándole la silla por encima: dos horas despues tuvo el animal una furiosa diarrea que duró toda la noche, y al día siguiente parecia que no tenia nada en el cuerpo: entonces Bani le quitó el fieltro, que nos devolvió, cinchó muy bien á su yegua y partió.

A cosa de las cuatro de la tarde, vimos volver sin botín á los Beduinos de la tribu El Daffir, y habiéndoles preguntado uno qué habian hecho de la yegua de Bani:— « Voy á contaros, dijeron, lo que nos ha sucedido. Por no hacer agravio á Ragial, tributario de Mehana, nos abstuvimos de atacar á nuestro enemigo en el

« pueblo; hubiéramos podido aguardarle en un paso estrecho, pero éramos siete contra uno y resolvimos quedarnos en campo raso. Apenas le divisamos, nos precipitamos sobre él, pero apenas se halló en medio de nosotros, lanzó un grito diciendo á su yegua: *Jah Hamra!* — Hoy te toca á tí, — y partió como un rayo. Hasta su tribu le perseguimos sin poder alcanzarle, asombrados de la velocidad de su yegua que parecia un pájaro cortando los vientos. »

— Entonces les conté la historia del fieltro, que les admiró mucho, pues no tenian, á lo que dijeron, ninguna idea de semejante brujería.

Ocho días despues, tres hombres vinieron á buscarnos de parte de Mehanna el Fadel, trayéndonos camellos y una carta de él, concebida en estos términos:

¡ Mehanna el Fadel, hijo de Melkhgem, á Jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib, salud! ; La misericordia de Dios sea con vosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos tenido noticia del deseo en que estais de visitarnos; sed muy bien venidos; vuestra llegada derramará la bendición sobre nosotros. Nada temais, pues teneis la protección de Dios y la palabra de Mehanna; nada os tocará mas que la lluvia del cielo.

« Firmado MEHANNA EL FADEL. »

Junto á la firma habia un sello. Esta carta causó la mayor satisfaccion á jeque Ibrahim: — pronto despachamos nuestros preparativos y á la madrugada siguiente ya estábamos fuera de Palmira. Llegado que hubimos á un pueblecillo que riega un abundante manantial, llenamos en él nuestras odres para lo restante del camino. Este pueblo, llamado Arak, está á cuatro leguas de Palmira; continuamente encontrábamos Beduinos, que despues de haber hablado con nuestros conductores, proseguian nuestro camino. Despues de diez horas de marcha, la llanura nos apareció cubierta de mil quinientas tiendas, que eran las de la tribu de Mehanna. Entramos en la tienda del emir, que nos hizo servir café tres veces seguidas, lo que, entre los Beduinos, es la mayor prueba de consideracion. Despues de la tercera taza, nos sirvieron la cena que nos fué preciso comer á la turca, y como era la primera vez que tal cosa nos sucedia, nos quemamos los dedos. Conociólo Mehanna y nos dijo:

« No estais acostumbrados á comer como nosotros. — Es verdad, respondió jeque Ibrahim, pero ¿porqué no os servís de cucharas? siempre es posible tenerlas, aunque no sean mas que de palo. — Nosotros somos Beduinos, replicó el emir, y tenemos empeño en conservar los usos de nuestros mayores, que nos parecen

« muy buenos. La mano y la boca son partes de nuestro cuerpo que Dios nos ha dado para que se ayuden una á otra; ¿pues porqué nos hemos de servir de un objeto extraño de metal ó de palo para llegar á la boca, cuando la mano está hecha para eso? » No tuvimos mas arbitrio que aprobar estas razones, y observé á jeque Ibrahim que Mehanna era el primer filósofo beduino que habíamos hallado.

Al día siguiente el emir hizo matar un camello para nosotros, y supe que esto era una gran señal de estimacion, porque los Beduinos miden, segun la importancia del extranjero, el tamaño del animal que matan para recibirle. Aquella era la primera vez que comiamos carne de camello, y nos pareció algo insípida.

El emir Mehanna era hombre de unos ochenta años, pequeño, flaco, sordo y muy desarrapado. Su alta influencia entre los Beduinos proviene de su noble y generoso corazon y de que es cabeza de una familia muy antigua y numerosa. Está encargado por el bajá de Damasco de escoltar su gran caravana hasta la Meca, mediante veinticinco bolsas (12,500 piastras) que se le pagan antes de la salida de Damasco. Tiene tres hijos, Nasser, Kaseff y Hamed; los tres estan casados y viven en la misma tienda que su padre. Esta tienda tiene setenta y dos pies de larga sobre

igual anchura; es de lienzo de cerda negra y está dividida en tres partes. En el fondo están la despensa y la cocina y duermen los esclavos; en el centro están las mugeres y es donde se retira por la noche toda la familia; la delantera está destinada á los hombres, y es donde reciben á los extranjeros. Esta parte se llama Rabha.

Al cabo de tres dias consagrados á disfrutar de la hospitalidad, abrimos nuestros fardos y vendimos muchos objetos, sobre la mayor parte de los cuales perdíamos mas ó menos; y como no alcanzaba yo las ventajas de este modo de comerciar, se lo previne á jeque Ibrahim: — «¿Has olvidado nuestras condiciones?» me dijo. Disculpéme entonces y seguí vendiendo como quiso.

Un dia vimos llegar cincuenta ginetes bien montados, que parándose fuera de las tiendas, se apearon y se sentaron en el suelo. El emir Nasser, encargado de todos los asuntos desde que su padre se ha quedado sordo, salió á hablarles, acompañado de su primo jeque Zamel, y tuvo con ellos una conferencia de dos horas, acabada la cual partieron los recién llegados. Jeque Ibrahim, inquieto de aquella misteriosa entrevista, no sabia como componerse para saber sobre qué habia girado. Como ya habia yo estado varias veces en el cuarto de las mugeres, cogí un

rosario de coral, y fui á ver á Naura, la muger de Nasser para ofrecérsele; aceptóla ella, me hizo sentar á su lado, y me dió, á su vez, dátiles y café. Despues de todas estas atenciones reciprocas, entré en el objeto de mi visita y le dije: «Perdonad, os ruego, mi importunidad, pero los extranjeros son curiosos y desconfiados; las pocas mercancías que tenemos aquí son el resto de un caudal considerable que por desgracia hemos perdido. El emir Nasser estaba en conferencia ha poco con unos extranjeros, y quisiéramos saber qué se decian, pues estamos con cuidado. — Voy, respondió Naura, á satisfacer vuestra curiosidad, pero á condicion de que me guardareis el secreto y fingireis que no sabeis nada. Sabed que mi marido tiene muchos enemigos entre los Beduinos, porque humilla su orgullo nacional ponderando el poderío de los Turcos. La alianza de Nasser con los Osmanlís disgusta mucho á los Beduinos, que los aborrecen, y aun es contraria á los consejos de su padre y de los principales de la tribu, que murmuran contra él. El objeto de esa asamblea era concertar un plan de ataque: mañana piensan asaltar á la tribu El-Daffir para cogerle sus ganados y hacerle todo el daño posible. El Dios de las batallas dará la victoria á quien quiera, pero lo que es vosotros, nada

« teneis que temer. » Dí las gracias á Naura, y me retiré satisfecho de haber obtenido su confianza.

Jeque Ibrahim, instruido por mí de cuanto me habia confiado la muger del emir Nasser, me dijo que le pesaba de ello en extremo. — « Yo quería, me dijo, relacionarme con una tribu enemiga de los Osmanlis, y me hallo junto á un caudillo aliado de ellos. » — No me atreví á preguntarle el sentido de estas palabras, pero me dieron mucho qué discurrir.

Hácia el anoecer, trescientos ginetes se reunieron fuera de las tiendas y salieron muy de mañana, llevando á su cabeza á Nasser, á Hamed y á Zamel. Tres dias despues, un mensagero vino á anunciar su vuelta, á cuya noticia salieron á recibirlos una multitud de hombres y de mugeres, quienes apenas los alcanzaron, prorrumpieron, lo mismo que los otros, en grandes clamores de alegría, y de esta suerte hicieron su entrada triunfal en el campamento, precedidos por ciento ochenta camellos cogidos al enemigo; luego que echaron pie á tierra, les pedimos que nos contasen sus proezas. — « Al dia siguiente de nuestra partida, nos dijo Nasser, llegamos, » al rededor de medio dia, al sitio adonde los pastores llevan á pacer los ganados de Daffir, » y precipitándonos sobre ellos, les quitamos

« ciento ochenta camellos; pero como los pastores fueron corriendo á dar aviso á los suyos, » destaqué una porcion de mi gente para llevar « nuestro botin al campamento por otro camino, » y cuando vino *Aruad-Ebn-Motlac*¹, á atacarnos al frente de trescientos ginetes, tuvimos « una refriega que duró dos horas. La noche nos « separó, y cada cual se volvió á su tribu; el enemigo perdió un hombre y nosotros tuvimos « dos heridos. » — La tribu de Nasser aparentó que estaba muy contenta de aquel triunfo, al paso que en el fondo le pesaba mucho de una guerra injusta, hecha contra sus amigos naturales por servir á los Osmanlis. Nasser, visitando á todos los gefes para contarles su triunfo, fué á ver á jeque Ibrahim y le dirigió la palabra en turco, y habiéndole dicho aquel que no hablaba mas que el griego, su lengua natal, y un poco de Arabe, Nasser empezó á ponderarle el language y las costumbres de los Turcos, diciendo que no se podia ser verdaderamente grande, poderoso y respetado sino estando bien con ellos. « Yo, por « mí, añadió, soy mas Osmanlis que Beduino. — No os fieis en las promesas de los Turcos, le « respondió jeque Ibrahim, como tampoco en su « grandeza y magnificencia; os favorecen para

¹ Caudillo de la tribu El Daffir.

« ganaros é indisponeros con vuestros compatriotas, á fin de emplearos en guerrear contra las otras tribus. El interés del gobierno turco es destruir á los Beduinos, y como no es bastante fuerte para hacerlo por sí mismo, quiere armaros á unos contra otros. Cuidado no tengáis que arrepentiros de ello algun dia; os doy este consejo como un amigo que se toma por vos vivo interés, y porque he comido vuestro pan y recibido vuestra hospitalidad. »

Poco tiempo despues, Nasser recibió de Soliman, bajá de Acre y de Damasco, un mensaje convidándole á ir á recibir la investidura del mando general de todo el desierto, con el título de príncipe de los Beduinos. Este mensaje le colmó de alegría, é inmediatamente partió para Damasco, acompañado de diez ginetes.

Dió orden Mehanna para la partida de la tribu, y al dia siguiente al salir el sol no se vió ya una sola tienda en pie; todas estaban dobladas y cargadas, y la partida empezó con el mayor orden. Unos veinte ginetes escogidos formaban la vanguardia y servian de exploradores; luego venian los camellos sin carga y los rebaños; luego los hombres armados, montados en caballos ó camellos; detras las mugeres, — las de los gefes, metidas en unos *haudags*¹, puestos sobre el lomo

¹ Especie de silla de manos.

de los camellos mas altos: estos *haudags* son muy ricos, están muy bien forrados, cubiertos de paño escarlata, y adornados con franjas de varios colores: contienen cómodamente dos mugeres ó una muger y varios niños. Las mugeres y los muchachos de inferior calidad seguian inmediatamente, sentados en rollos de lana de tienda muy bien dispuestos encima de los camellos; detras iban los camellos con las acémilas, cerrando la marcha el emir Mehanna montado en un dromedario á causa de su mucha edad, y rodeado de sus esclavos, del resto de los guerreros y de sus servidores, que iban á pie. Son admirables la prontitud y buen orden con que se efectua así la partida de ocho ó nueve mil personas. Jeque Ibrahim y yo íbamos á caballo, ya delante, ya en el centro, y junto á Mehanna. Diez horas seguidas caminamos; á cosa de las tres de la tarde se interrumpe de pronto la marcha; los Beduinos se dispersan por un hermoso llano, echan pie á tierra, clavan sus lanzas y atan á ellas sus caballos; las mugeres corren por todos lados y levantan sus tiendas cada cual junto al caballo de su marido: así, como por encanto, nos hallamos en una especie de pueblo tan grande como Hama. Las mugeres solas estan encargadas de levantar y recoger las tiendas, cosa que ejecutan con una habilidad y una

rapidez sorprendentes. Generalmente ellas hacen todos los trabajos del campamento: los hombres conducen los ganados, matan las reses y las despojan. El traje de las mugeres es sencillísimo; llevan una gran camisa azul, un *machlas* negro y una especie de banda de seda negra, que despues de cubrir la cabeza, les da dos vueltas á la garganta y les cae sobre la espalda: todas van descalzas, escepto las mugeres de los jeques, que llevan unos borceguies amarillos. Su ambicion y su lujo consisten en llevar muchos brazaletes de vidrio, de monedas, de coral y de ambar.

El llano donde hicimos alto se llama El-Makram, y está poco distante de Hama. Es un sitio bastante apacible y que ofrece abundantes pastos.

El cuarto dia, á cosa de las cuatro de la tarde, acudieron muy asustados los pastores gritando: « ¡A las armas! ¡el enemigo se ha apoderado de nuestros rebaños! » En efecto, la tribu de El Daffir, espianando una ocasion de vengarse de Nasser, habia enviado mil ginetes para robarle sus ganados al anochecer, á fin de que no pudiese aquel perseguirlos. Los nuestros, esperando á algun ataque, estaban preparados, pero era preciso descubrir de qué lado se hallaba el enemigo. Luego que anocheció, apeáronse cua-

tro hombres, tomaron direcciones opuestas, y tendiéndose de bruce, pegado el oido á la tierra, oyeron así á gran distancia las pisadas de los robadores. Pasóse la noche sin que fuese posible alcanzarlos, pero, á la mañana, habiéndolos divisado la gente de Hassné¹, cargó sobre ellos, y al cabo de cuatro horas de pelea, recobró la mitad de los rebaños; unos quinientos camellos quedaron en poder de la tribu El Daffir, y ademas tuvimos diez muertos y muchos heridos. A la vuelta, la aficcion fué general; los Beduinos murmuraban, achacando al capricho y á la vanidad de Nasser cuanto habia sucedido. Envió Mehanna un correo á su hijo, que inmediatamente volvió de Damasco acompañado de un Chokredar² para imponer respeto á los Beduinos, y apenas llegó, leyó una carta del bajá, concebida en estos términos:

« Hacemos saber á todos los emires y jeques de las tribus del desierto, grandes y pequeñas, acampadas en el territorio de Damasco, que hemos nombrado á nuestro hijo Nasser Ebn Mehanna emir de todos los Anazés³, mandán

¹ Nombre de la tribu de Mehanna.

² Ministro del bajá.

³ Beduinos del desierto.

« doles que le obedezcan. — La tribu que tenga
 « la desgracia de declararse rebelde será des-
 « truida por nuestras tropas victoriosas, y para
 « servir de escarmiento, sus rebaños serán de-
 « gollados y sus mugeres entregadas á los sol-
 « dados. Tal es nuestra voluntad.

« Firmado,

« Soliman, bajá de Damasco y de Acre. »

Nasser, ufano con su nueva dignidad, afectaba leer á todos aquel decreto, y hablar en turco con el ministro del bajá, lo que aumentaba mas y mas el enojo de los Beduinos. Un dia en que estábamos junto á él, llegó un mancebo muy bizarro llamado Zarrak, caudillo de una tribu vecina. Nasser, como de costumbre, le habla de su nombramiento, encarece la grandeza y el poderío del visir de Damasco y del sultan de Constantinopla, *que tiene el sable largo*¹, — y Zarrak, que le escucha con impaciencia, muda de color, se levanta y le dice: « Nasser Agá², sábeta que
 « todos los Beduinos te aborrecen; si te de-
 « jas deslumbrar por la magnificencia de los
 « Turcos, vete á Damasco, cíñete la frente con un

¹ Espron árabe para designar una dominacion muy estensa.

² Título de un oficial turco; denominacion de escarnio para un Beduino.

« *cauk*¹, sé el ministro del visir, habita su pa-
 « lacio, y acaso entonces inspirarás terror á los
 « Damasquinos, pero nosotros Beduinos no ha-
 « cemos mas caso de tí, de tu visir y de tu sultan
 « que de una boñiga de camello. Me voy al ter-
 « ritorio de Bagdad, donde hallaré al Drayhy²
 « Ebn Chahllan, y á él me uniré. »

Nasser, pálido de cólera, trasmitió esta conversacion en turco al Chokredar, quien creyó atemorizar á Zarrak con violentas amenazas, pero este, mirándole con altivez, le dijo: — « Bas-
 « ta: aunque tengais á Nasser al lado, puedo, si
 « quiero, impedirlos volver á comer pan. » A pesar de estas injuriosas palabras, los tres conservaron su sangre fria, y Zarrak montando á caballo, dijo á Nasser: « *Las salam aleik* (yo te saludo); despliega todo tu poder; yo te aguardo. »
 — Esta provocacion afligió mucho á Nasser, pero no por eso dejó de perseverar en su alianza con los Turcos.

Al dia siguiente supimos que Zarrak habia partido con su tribu para el pais de Geziri, y por todas partes no se hablaba mas que de la reunion de los Beduinos contra Nasser. Noticioso Mehanna de lo que pasaba, llamó á su hijo y le dijo: « Nasser, ¿quieres por ventura romper los

¹ Turbante de ceremonia de los Turcos.

² El destructor de los Turcos.